

EL OBLATO Y LA RECONCILIACIÓN

29 Junio 1983 - Carta - Roma

La reconciliación consigo mismo. - La reconciliación en torno a sí. - Dejarse reconciliar con Dios.

L.J.C. et M.I.

El próximo 29 de septiembre se abrirá en Roma el Sínodo de los Obispos. Es el 7º después del Concilio. Los cuatro últimos trataron de "La justicia en el mundo" y "El sacerdocio ministerial" (1971), "La evangelización en el mundo moderno" (1974), "La catequesis en nuestro tiempo" (1977), y "La familia cristiana en el mundo de hoy" (1980). Los oblatos no pueden ser indiferentes ante tales reuniones. Ahí se manifiesta la vida de la Iglesia en toda su diversidad y con una voluntad precisa de encontrar nuevas pistas, más eficaces, para evangelizar al mundo de hoy.

Como preparación a este sínodo, se han reunido los superiores generales, del 25 al 28 de mayo, en Villa Cavalletti, cerca de Roma. Su objetivo era reflexionar juntos sobre ese acontecimiento y preguntarse en qué puede ser interpelada la vida religiosa por el tema de este sínodo: "La reconciliación y la penitencia en la misión de la Iglesia" y qué es lo que ella puede aportar al respecto.

En realidad, de ese encuentro salieron varios elementos muy positivos. Me permito expresar las ideas que ha suscitado en mí.

Reconciliación consigo mismo

Durante los años que siguieron al Concilio, varios religiosos fueron sacudidos en su vida personal y en sus convicciones profundas. Los nuevos cuestionamientos y los múltiples cambios no ocurrieron sin afectar seriamente su comportamiento en la oración, en el esfuerzo de disciplina personal, en las relaciones con el mundo. Las más de las veces, y después de inevitables titubeos, los cambios propuestos se revelaban justificados e incluso necesarios para una renovación adaptada de la vida religiosa.

Por desgracia, a causa del hastío y de la falta de diálogo, varios religiosos quedaron averiados. La primera fase de la renovación los llevó a abandonar parte de las actitudes pasadas; hoy se sienten demasiado cansados para entrar en la segunda fase: la integración de las nuevas actitudes en su vida. Por ejemplo, a falta de una edición bastante rápida del nuevo breviario, llegaron a dejar el rezo del oficio divino; y hoy, que la reforma ha concluido, ya no consiguen ponerse a rezarlo íntegro y regularmente. Igual pasa con la oración mental, con la práctica de la obediencia y la confesión sacramental.

Los oblatos no se libran de ese fenómeno. Para salir de él, se impone, como primer paso, reconciliarse consigo y con la Iglesia de hoy. Hacer la verdad dentro de sí, a la luz del concilio Vaticano II, interpretado por el magisterio auténtico de la Iglesia. Ese es el punto de partida, el único punto de partida de una verdadera renovación espiritual y misionera.

En esta materia, un elemento muy importante para nosotros es éste: no hacer cargar a los jóvenes que entran con nosotros con el peso de una prueba que ellos mismos no han vivido. Ellos necesitan también reconciliación y conversión, pero de un orden muy diferente: convertirse a Jesucristo con todo el ardor de su juventud, y no conformarse a este mundo nuevo que es el de ellos, y reconciliarse con la Iglesia de hoy a la que han apelado con sus votos.

La reconciliación en torno a sí

Ser religioso es también ser hombre de unidad y de reconciliación en torno a sí. Cada día, si estamos atentos, podemos captar llamadas especiales en este sentido: llamadas a la reconciliación entre generaciones distintas, entre personas de mentalidades u opciones

apostólicas y políticas diversas, entre personas de clases sociales, credos, colores y razas diferentes, entre personas de distintos carismas. por ejemplo entre un grupo de religiosos y su obispo en tal diócesis.

Esas necesidades de reconciliación se dan tanto dentro de la vida religiosa como fuera. A veces se han desarrollado endurecimientos ideológicos entre religiosos o entre grupos apostólicos, que vuelven muy difícil, si no imposible, todo diálogo y toda verdadera colaboración. Esto escandaliza a quienes nos ven vivir.

A medida que la Congregación se universaliza y se abre a pueblos no occidentales, debe liberarse de ciertas estrecheces y prejuicios. Un oblato africano, metido en la formación, lo hacía notar últimamente:

Algunos se creen propietarios de la Congregación. Otros, en cambio, se sienten siempre 'en casa ajena'. No podemos abrir nuestras puertas a los jóvenes (de África) si van a sentirse unos extraños en casa.

Los jóvenes que llegan son neófitos. Se precisa, pues, cierta indulgencia. Si no hacemos más que criticar, eso no ayudará a nadie. Y si hay fracasos, debemos sobrellevarlos juntos. Las críticas no pueden favorecer a una vocación auténtica [...].

Se oye a menudo: 'ése, ya veremos'. Palabra que destruye. Se observa lo que el otro hace, en vez de acudir a apoyarlo y darle ánimos.

Venimos con una visión del mundo diferente: para el africano, son importantes las relaciones; para el europeo, importa la tarea, el trabajo. Podemos pasar la vida criticándonos. Nos cerramos unos a otros y eso no conduce a nada. Tenemos que convertirnos mutuamente.

Hemos de llegar al diálogo entre nosotros, europeos y africanos. Hasta ahora, vosotros estabais solos: era el monólogo. Al acoger a jóvenes africanos, hay que pasar al diálogo. Si los religiosos no se juntan ¿quién podrá hacerlo? Formar comunidades separadas (africanos por un lado, blancos por otro) sería muy grave.

Tenemos que convertirnos mutuamente y crear comunidades signos de amor [...] Muy a menudo, sin malicia, se mete la pata. No basta la buena voluntad. Hay que cuidar los pequeños detalles y gestos. Con frecuencia uno queda en el monólogo, encerrado en su cultura, en sus hábitos. Uno no se abre al otro" (tomado de Entre Nous, boletín de Cameroun-Tchad, mayo 1983).

Dejarse reconciliar con Dios

Conversión, penitencia, reconciliación, como puede verse, es un tema que nos toca de cerca. En definitiva, las reconciliaciones humanas tanto consigo mismo como en torno de sí solo serán posibles y duraderas si cada uno de nosotros se reconoce sinceramente simple criatura y pecador ante Dios, con sus límites y debilidades. Reconciliación y humildad son inseparables.

El pecado está inscrito en tal o cual estructura social injusta. La Iglesia se ha hecho consciente de ello y esto fue una gracia de luz a la vez que una nueva llamada misionera. Pero si está ahí, es porque antes está en el corazón del hombre: " En nombre de Cristo os suplicamos, escribía San Pablo a los Corintios, dejaos reconciliar con Dios" (2 Co 5, 20).

Es la misma invitación que nos transmite el Papa Juan Pablo II en este Año Santo del jubileo de la Redención. A su ejemplo, yo no puedo menos de trasmitíroslo también.